

Poderes Ocultos en el 1984

Seudónimo: Eunoia

El aire era frío. Todo se sentía igual, los días se sucedían de manera monótona en un mundo pintado en tonos de obediencia y conformidad. Lara se movía por las calles oscuras mientras leía un cartel enorme: “La conformidad es virtud”.

A simple vista, Lara parecía una más. Mantenía una postura rígida, no hablaba ni opinaba. Vestía pantalones negros y una chaqueta larga gris. Lo único de color en su atuendo era un hilo rosado, ya deteriorado, que rodeaba su muñeca, pero siempre lo escondía bajo la manga. Caminaba con la mirada baja, sin observar ni cuestionar su entorno. Lara era una chica solitaria, sin amigos ni familia. No recordaba su infancia y no sabía de dónde provenía. Tampoco se lo preguntaba, y si le venía algún pensamiento de ese tipo, recordaba que la policía del pensamiento la estaba vigilando.

No fue hasta un encuentro fortuito en una calle solitaria y estrecha, mientras los árboles susurraban, que vio a un extraño sujeto salir de una tienda prohibida. Salía con seguridad, mirando hacia los lados. Lara se dio cuenta de que no parecía tener miedo y en su mano llevaba un extraño aparato, lo cual estaba prohibido, y no mostraba interés en esconderlo. ¿Por qué no seguía las reglas?

Lara, al ver esto, aceleró el paso en la ruta que había tomado durante años, pero fue obligada a desviarse de aquella calle ya que no quería meterse en problemas con aquel joven rebelde. Al girar hacia atrás, vio que el chico ya no estaba. Seguro lo habían atrapado. Sin embargo, mientras seguía avanzando por el callejón, escuchó un murmullo de voces, algo poco común. Al cruzar una pequeña plaza, se encontró con una escena inesperada: un grupo de personas reunidas alrededor de aquel joven con una expresión desafiante.

Lara tuvo que detenerse al ver lo que pasaba. Fue entonces cuando escuchó la patrulla del régimen llegar, sus uniformes impecables y miradas que imponían una advertencia silenciosa, dando a entender que serían castigados brutalmente, especialmente si descubrían el aparato eléctrico del joven.

Observó cómo los oficiales rodeaban al joven desconocido junto a los demás. Seguro eran “Fukens”, así llamados los que incumplen las reglas y desatan el desorden. Pero algo se veía distinto en él. No entendía qué pasaba y sus manos ya estaban preparadas para detenerlos.

En ese momento, algo extraordinario sucedió. Una corriente de energía poderosa surgió de Lara, rodeándola con un aura luminosa y cálida. Los policías,

desconcertados por esta manifestación, retrocedieron instintivamente y sus uniformes quedaron quemados. Lara no sabía que tenía este don. Quedó paralizada, mirando alrededor.

El joven rápidamente comprendió lo sucedido y que debían actuar rápido para escapar de la inevitable confrontación. Tomó el brazo de Lara con firmeza. En un instante, la realidad pareció distorsionarse.

Para Lara, fue como una ráfaga de viento. Saltaron de una calle a otra. Él era muy veloz y tenía el poder de desplazarse a donde quisiera.

Finalmente, cuando la sensación de vértigo comenzó a desvanecerse, se encontraron en un lugar remoto y tranquilo, lejos de las miradas inquisitivas y los peligros inminentes. Una azotea desde donde se podía ver la ciudad. El joven soltó el brazo de Lara con suavidad, él parecía no tener miedo de sus habilidades, se veía valiente y confiado.

—¿Estás bien? —preguntó él, su tono cargado de preocupación y angustia.

Lara asintió, aún asimilando lo sucedido.

—Sí, gracias a ti.

—Yo debería darte las gracias. Me ayudaste sin conocerme, sabiendo que era peligroso para ti.

El joven se sentó en un banco, invitando a Lara a hacer lo mismo. A medida que la tensión de lo ocurrido se desvanecía, comenzaron a hablar, compartiendo historias y experiencias durante horas, como si se hubiesen conocido de antes.

Lara se quedó mirando la ciudad desde la azotea, sintiendo la brisa en su rostro mientras el sol se ocultaba lentamente en el horizonte. De repente, una sensación de familiaridad la invadió.

—¿Alguna vez has estado aquí antes?

—Siempre vengo cuando no quiero toparme con los del gobierno. Los detesto...

Lara no supo qué contestar. Nunca había escuchado a alguien quejarse del régimen.

Entre las risas compartidas y los momentos de silencio reflexivo, el vínculo entre Lara y el joven se hizo más fuerte.

Lara de pronto notó que en el bolsillo derecho del joven asomaba un listón azul, similar al hilo rosado que ella siempre llevaba en su muñeca. Él se dio cuenta de que ella lo había visto , rápidamente lo escondió bajo su abrigo. Lara, intrigada, levantó su manga para mostrar el hilo rosado en su muñeca.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Lara

—Nos conocimos hace mucho tiempo —dijo él finalmente—. Antes de que todo esto sucediera, antes de que llegara el régimen. Yo soy Andrés. Solíamos jugar juntos después del colegio, ¿recuerdas?

Lara lo miró con atención, intentando recordar. Algo en su mente empezó a surgir ,un recuerdo vago pero persistente.

De repente algo interrumpió , el radio empezó a sonar. Solo se escuchaban murmullos. El joven, nervioso, intentó apagarlo.

El joven se dio cuenta de que habían permanecido demasiado tiempo en el mismo lugar, lo cual ya no era seguro, dado que siempre estarían bajo vigilancia.

El radio no dejaba de sonar y el joven no podía esconder su molestia y nerviosismo. De repente, se escuchó un estruendo. La expresión de sorpresa y preocupación cruzó los rostros de ambos mientras los oficiales del régimen empezaban a rodearlos por las distintas salidas que había. La tensión aumentó aún más cuando el jefe de policías se dirigió directamente al joven, arrebatándole el radio.

—No olvides tu lealtad y tus responsabilidades.

Lara, desconcertada, buscó respuestas en su mirada, revelando que en realidad él era parte del gobierno y su misión era localizar y detener a personas como Lara, aquellos con habilidades especiales que eran consideradas una amenaza por el régimen.

El joven quedó en estado de shock ante lo que acababa de ocurrir; no tuvo tiempo de reaccionar y solo experimentaba un profundo sentimiento de culpa al presenciar cómo se llevaban a Lara. Había aceptado aquel trabajo para evitar su propia eliminación, pero en ese momento, prefería enfrentar su propio destino antes que permitir que se la llevaran. Afortunadamente, conocía perfectamente la ubicación del Ministro de Prisioneros y si tenían suerte podrían encontrarse de nuevo .